

9-1821
CASA MUSEO UNAMUNO

EN un libro alemán—la Gramática griega, de Brugmann—encuentro un adagio serbio que dice poco más o menos así: Mientras los sutilizadores sutilizan, se apoderan los tontos de la ciudad. (Otro que yo transcribiría el adagio en serbio, tal como le trae, a efectos de una doctrina de sintaxis, Brugmann). En la traducción alemana dice: «Während die Klugen kluegeln...» Cabría decir también: «Mientras los razonadores razonan...» o «los estudiosos estudian...» o «los entendidos entienden...» o «los filósofos filosofan». Pero puesto más que a traducir la letra, a glosar el espíritu del adagio serbio, prefiero decir: «Mientras los intelectuales discuten, gobiernan los beocios». O los menos, que es peor.

Un profesor alemán de quien después de la guerra se ha hablado mucho y a quien tuve ocasiones de citar mucho antes que ella estallase, Treitschke, dice en el libro I, capítulo 5, de su «Politik», que «tiene que haber partidos de la tontería—«Parteien der Dummheit»—por que una gran parte de los hombres poseen esa propiedad». Profético espíritu el de Treitschke, y no es mal sastre el que conoce el paño! El cual profeta del pangermanismo, en otro pasaje de la misma obra—en los mismos libro y capítulo—agrega que «se tiene a las veces la impresión de que los límites de la tontería humana se han ensanchado mucho en el siglo XIX». Y más adelante—en el siguiente capítulo del mismo libro—que nuestro siglo nos presenta una muy extendida estupidez—«eine weit verbreitete Stupidität»—entre los instruidos. Y eso que Treitschke no conocía a España, aunque en cierto modo la admirase. A la del pasado, se entiende.

Aunque acaso un alemán pangermanista no necesita conocer algo ni para admirarlo ni para despreciarlo. Por lo menos es lo que ocurre a un español germanófilo, que se alimenta de fe de carbonero y de ciencia infusa.

¶ Pero vengamos a nuestro tema de ahora, si es que lo tenemos. Y es que hemos quedado en que tiene que haber partidos de la tontería y en que los límites de ésta se ensancharon considerablemente durante el pasado siglo, que nos ofreció una muy extensa estupidez entre las personas instruidas. Ahora lo que hace falta saber es qué entendía por tontería—«Dummheit»—y por estupidez—«Stupidität»—el malhumorado de Treitschke.

Volvamos a España. Y aquí sí que hoy se esparce más que el sarampión entre los niños, la tontería entre los adultos. O si queréis, la ramplonería. Me gusta esta palabra. Tiene un acento, casi di-

ría un timbre, un matiz insustituible. Sí, la ramplonería, hija de eso que llaman sentido común los incapaces de pensar por cuenta propia, por sentido propio—es decir, los incapaces de pensar—la ramplonería cunde y redunda que es una bendición de... ¿Cuál es el dios de la estupidez? Y la ramplonería se ha organizado en partido político y social y, tiene sus órganos.

Me parece que fué Leopardi el que hizo la observación de que si un tonto entra en una reunión de hombres en que haya otro tonto como él, al punto se conocen, no más que al mirarse, como si tuviesen escarapela de tontería, y se saludan felicitándose de ser las dos únicas personas sensatas y de sano juicio que hay en la tal reunión. Lo de sensatas y de sano juicio son expresiones mías, pues no recuerdo bien el pasaje de Leopardi que leí hace años y no quiero ponerme ahora a rebuscarlo. Sensatos y de sano juicio, sí! Es de lo que se jactan los tontos, los ramplones. Así como lo que más les horroriza es la paradoja, la extravagancia, el afán de notoriedad, las novedades malsanas, etcétera, etcétera.

Hay quien sostiene que el celo por la virtud y el horror al vicio de ciertos fariseos no son más que envidia. Es muy corriente la idea de que las honradas matronas, sobre todo las señoras de la defensa social, sienten envidia de las pobres desgraciadas que sucumbieron a los incentivos de la concupiscencia. Esta tesis sostenida con gran ingenio—ingenio dijiste? horror!—por Guillermo Ferrero (v. «L'Europa giovane»), me parece un poco fuerte. «El pur... si muove»! Quisiera no creer en eso de la envidia de las personas continentes y castas por frigididad de temperamento. Tengo, sin embargo, un amigo que me asegura que no hay ser más envidioso que el impotente, séalo de nacimiento o no, y al efecto me cita a cierto erudito—¡claro está!—que es todo él una pastilla de ictericia moral y de quien me asegura que es a la vez un eunuco, al pie de la letra.

Nuestros tontos—¡y que angustioso es esto de tener que llamarlos «nuestros»!—como en el fondo no son más que impotentes, eunucos de la mentalidad, son ante todo y sobre todo envidiosos. Y la envidia es lo que les hace amigos de eso que llaman orden, inquisitoriales.

El orden, para semejantes entes no es ni más ni menos que la consigna. Los que carecen de sentido propio no pueden soportar que le tengan otros. No debe haber más sentido que el común; y cuanto más común mejor! No creo que

UNIVERSIDAD
LAMANCA
GREDOSUSAL ES

haga falta recordar que se llama común al lugar a que van a parar todas las deyecciones del vientre humano. Y del mismo modo van al sentido común todas las deyecciones mentales, todos los lugares comunes, todos los «por supuestos», todos los «claro está», que no es posible que digiera quien tiene sentido

propio y juicio, si queréis, malsano.

Porque eso del sano juicio es otra de las trincheras en que se defiende, bien pertrechada de necedades, la ramplonería. Yo no sé si los castos tienen envidia a los lujuriosos artísticos, según cree Ferrero, pero sí creo que hay muchas gentes que envaneciéndose de su salud sienten envidia de ciertas enfermedades que no les ha sido dable adquirir. Cuando Lombroso publicó su obra sobre el hombre de genio, pretendiendo probar que la genialidad es una enfermedad, una especie de locura, los tontos que leyeron la obra sintieron confortados y al terminarla exclamaron: «Pues claro está, hombre, pues claro está! Naturalmente! Eso del genio no es más que locura; ¿qué disparate no ha sido primero dicho por un filósofo?»

Porque ellos, nuestros tontos, no dicen ni disparates. Los suelen repetir, pero inventarlos? El tonto no inventa ni siquiera las tonterías que dice. Como que quien las inventó probablemente no fué sino un guasón. El tonto, nuestro tonto, no hace más que repetir. Uno que tenga talento para inventar tonterías nuevas ya no es tonto. El tonto lo que hace es repetirlas diciendo: «Entiendo yo», «soy de opinión de que...», «a mi parecer...», y ni entiende nada ni opina nada ni le parece nada.

Nuestros tontos forman una especie de partido y tienen sus órganos en la Prensa. Y la función de estos órganos es hacerles creer a sus lectores que se les ocurre por sí mismos lo que el órgano repite. Y al ver que son tantos los que repiten—no piensan—lo mismo se sientan a cubierta. Por aquello de que el consentimiento unánime es criterio de verdad.

Ganas me dan de comentar aquí lo que nuestro Excmo. Sr. D. Fr. Zefirino González, O. P., arzobispo y cardenal que fué y hombre de muy sano juicio dejó escrito en su «Filosofía elemental» (libro primero: Lógica; sección segunda: Lógica especial; capítulo tercero: los criterios de verdad; artículo III) acerca de que «los juicios de sentido común deben tenerse por infalibles y ciertos, siempre que reúnan las condiciones de esta clase de verdades». Pero vale más que dejemos para otra ocasión el comentar a este nuestro gran humorista inconsciente, el que descubrió que la importancia y utilidad de la Filosofía es una verdad práctica y de sentido común.

Miguel de Unamuno.

